

CAPITANES INTRÉPIDOS

RUDYARD KIPLING

CAPITANES INTRÉPIDOS

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de cubierta de
Vanesa Andrés

zenda  edhasa

Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Captains Courageous*

Traducción de José Félix

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: junio de 2026

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2026

© de la ilustración: Vanesa Andrés Manzano, 2026

© de la presente edición: Edhasa, 2026

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-55840

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 8291-2026

Impreso en España

LA DURA ESCUELA DEL MAR

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Es *Capitanes intrépidos* algo más que una novela de aventuras. Naturalmente, eso no lo supe cuando era niño y lo leí por primera vez con avidez e inocencia, que es como a los diez o doce años uno se sumerge —nos sumergíamos— en esa clase de historias. Es ahora, con los años y las lecturas acumuladas, cuando advierto que el *We're Here*, aquel mítico pesquero de bacalao inmortalizado por la literatura y luego por el cine, no era sólo un barco: era una escuela. Ni siquiera había que embarcarse de verdad para asistir a ella, pues bastaba con pasar las páginas del libro. Y aquel capitán de silencios secos fue, sin saberlo, uno de mis primeros maestros.

Porque en ese barco, intuí desde la primera lectura, estaba casi todo lo importante: estaba el oficio del mar, que no admite errores ni excusas; estaba la jerarquía, que allí no es una cuestión ideológica ni social, sino de simple supervivencia; y estaba, por encima de cualquier otra verdad, esa forma antigua de dignidad que consiste en hacer bien tu trabajo sin atender al testigo o esperar el aplauso.

Aquel capitán tenía poco que ver con los grandes nombres de marinos que vendrían después en mis lecturas. No era un visionario ni un obsesivo. No tenía nada de Capitán Ahab, ese otro capitán al que aprendí a temer leyendo a Herman Melville: el hombre que no gobierna un barco sino que lo arrastra consigo hacia el abismo. En *Capitanes intrépidos* ocurre más bien lo contrario: donde el pescador de Kipling mide, pesa, calcula y decide, el capitán del *Pequod* delira, confunde el mando con su propia locura, la ballena blanca con el diablo, el infierno con su alma atormentada. El de Kipling, maestro y no tirano, enseña a vivir, y el de Melville, a morir. Ambas son lecciones imprescindibles, pues entre las dos —la cordura del oficio y la fiebre de la obsesión— se mueven todas las historias de mar y guerra que fui acumulando y que continúan ahí, a modo de brújulas intactas marcando uno de los más importantes nortes de mi vieja biblioteca.

En esa memoria lectora concreta no puedo dejar de nombrar a Marlow, de Joseph Conrad, navegando las zonas oscuras del alma humana, o a Lord Jim recordándonos que basta un instante, uno sólo, para que un hombre quede infamado para siempre. También pueblan mi memoria náutica los capitanes en sentido estricto, aquellos que mandan o sostienen la estructura invisible que impide que todo se hunda; como el duro Lobo Larsen de *El lobo de mar* de London o el áspero, tiránico y excelente marino capitán Bligh, comandante de la *Bounty*, al que es fácil juzgar negativamente cuando nunca se ha estado al mando de nada. Pues coincidimos en que Bligh no era simpático, desde luego, pero sabía navegar. Y yéndonos al lado opuesto de las simpatías, el legendario Jack Aubrey de Patrick O'Brian, en-

carnación de la profesionalidad sin adjetivos: saber lo que se hace y hacerlo bien, gobernar un barco en un temporal o un combate incluso cuando el mundo alrededor es un caos. O el dubitativo Horatio Hornblower, que no tiene la seguridad de los grandes, pero sí algo más raro y precioso: la capacidad de seguir adelante a pesar de saber que podría no estar a la altura. O el jovencísimo capitán de quince años que inventó Julio Verne. O el capitán Peter Blood, el Corsario Negro o cualquier otro, sin olvidar jefes accidentales de dudosa reputación como Long John Silver: un canalla desvergonzado y lúcido que no manda un barco en el sentido clásico, pero entiende el mar mejor que muchos capitanes titulados porque sabe algo esencial: que sobrevivir exige inteligencia, y que la moral, la bondad y el buen talante rara vez flotan cuando arrecian las tormentas. Porque un barco no es una democracia.

Todos ellos fueron añadiendo capas, matices, sombras a mi aproximación al mar como lector. Pero uno de los primeros fue éste cuya historia tiene usted, lector afortunado, ahora en sus manos. Aquel rudo pescador que no necesitaba teorías ni discursos, que no hablaba de honor pero por instinto lo practicaba, que no prometía nada pero enseñaba todo. Aquel barco pesquero, duro, incómodo, ajeno a cualquier idea de felicidad, fue, para muchos lectores y para el muchacho que yo fui un barco-escuela en el sentido más exacto del término. El oscilante e incierto lugar donde se aprende que el mar, áspera metáfora del mundo, no será el que se adapte a ti, sino que, para sobrevivir, has de ser tú quien se adapte a él.

Quizá por eso, con los años, cuando se ha tenido trato con casi todos los capitanes que surcan los océanos de

papel, uno regresa con especial emoción al viejo barco de *Capitanes intrépidos*. No porque sea el más brillante y mejor escrito, sino porque es de los más verdaderos; los que enseñan con crudeza que, por encima de las obsesiones, las culpas, las tragedias y las hazañas, está lo único que de verdad importa: aprender a sostenerse en cubierta cuando el mar se arbola con la cólera de Dios.

Un último apunte, que es de justicia hacer: lo extraordinario es que este libro tal vez no habría sobrevivido igual sin el cine. Porque hubo un momento en que la novela adaptada al cine, dirigida por el gran Victor Fleming —el mismo que llevó a la pantalla *Lo que el viento se llevó* o *El mago de Oz*— fijó en el imaginario de lectores y espectadores, para siempre, las situaciones, los rostros, los gestos y hasta el tono de la historia. El veterano pescador —convertido en figura casi mítica por Spencer Tracy, quien ganó un Óscar por esta interpretación— dejó de ser un personaje de Kipling para convertirse en algo más notable: un arquetipo. El del hombre que forma sin pedagogía, que corrige sin discursos, que enseña porque sabe comportarse, no porque sabe explicar. Que educa con lo que hace, no con lo que dice.

Y así fue como el cine hizo aquí, una vez más, lo que a veces consigue mejor que la literatura. Como ocurrió con *Moby Dick* o con tantas historias del mar, la pantalla fijó una imagen poderosa e inolvidable. Y gracias a eso, generaciones que quizá no leyeron jamás a Kipling pudieron conocer, aunque fuera filtrado por una pantalla cinematográfica, ese modelo de relación entre un adulto que sabe y un niño que aprende. Porque en realidad —y esto es lo que hoy mantiene extraordinariamente viva la novela— no estamos hablando de barcos, sino de algo mucho más profundo:

de la más antigua y más hermosa de todas las historias, la que se establece entre quien sabe y quien todavía no sabe; entre un padre, maestro, tutor o capitán y un hijo o alumno que empieza a entender cómo funciona el mundo. Esa tensión hecha de autoridad, resistencia, aprendizaje, rechazo y, finalmente, reconocimiento es el verdadero motor de este libro, como lo es de la vida misma. Sobre todo, en un mundo como el actual, donde todo parece en revisión y no siempre para bien.

Por eso *Capitanes intrépidos* sigue siendo asombrosamente moderno, pues plantea preguntas muy apropiadas y actuales. ¿Quién enseña hoy a los que llegan? ¿Quién ocupa ese lugar duro, ingrato, necesario, de quien tal vez no cae simpático pero resulta imprescindible? ¿Quién es ahora ese duro pescador capaz de transformar para bien la vida de un niño?

Tal vez por eso volvemos con tanto placer y emoción a este libro inolvidable, y a su película, y a ese barco. Porque todos fuimos alguna vez aquel jovencito que cae al mar y se enfrenta a su destino. Y aún, todavía adultos, en ocasiones seguimos necesitando a un capitán que nos acompañe en la fría guardia del alba; alguien que sea testigo, compañía, estímulo para mantenerse erguido cuando el mar pega en la cara y arrecia el temporal, librado a tus propias fuerzas, en esos momentos en que hasta Dios parece encontrarse demasiado lejos.

CAPÍTULO I

La puerta abierta del salón de fumar dejaba pasar la niebla del Atlántico Norte mientras el barco de pasajeros avanzaba hundiéndose y elevándose, al tiempo que hacía sonar su sirena para avisar a los barquichuelos de la flota de pescadores.

—Ese Cheyne es de lo más pesado que he visto nunca... —dijo un hombre cerrando de un portazo—. Es un desvergonzado.

Un alemán de pelo blanco extendió la mano para apoderarse de un sándwich y farfulló mientras mordía:

—Conozco a esa ralea. Abunda en Estados Unidos. Ustedes deberían permitir la importación libre de desechos de cuero para correas.

—¡Bah! No exageremos. No es un mal muchacho. Merece más que se le compadezca —comentó, arrastrando las palabras, un neoyorquino que estaba echado cuan largo era sobre los almohadones—. Desde que era un niño lo han llevado de un hotel a otro. Esta mañana he estado hablando con su madre. Es una mujer encantadora que no cree que pueda dominarlo. Lo lleva a Europa para que termine su educación.

Un señor de Filadelfia, acurrucado en un rincón, comentó:

—Su educación no ha empezado aún. Me ha dicho que le pasan doscientos dólares mensuales para sus gastos y todavía no ha cumplido los dieciséis.

—Su padre posee varias líneas de ferrocarril, ¿no es así? —preguntó el alemán.

—Sí, y, además, minas, aserraderos y barcos. Tiene una casa en San Diego y otra en Los Angeles. Posee media docena de líneas de ferrocarril, como también la mitad de los bosques de la costa del Pacífico, y deja que su mujer gaste el dinero —prosiguió, cansino, el de Filadelfia—. Parece que el clima del oeste no le va, y se pasa la vida viajando con su hijo y sus nervios, tratando de averiguar lo que puede divertir a su vástago. Han estado en Florida, Adirondacks, Lakewood, Hot Springs, Nueva York y muchos otros lugares. El muchacho se ha convertido en una especie de mozo de hotel y folleto de propaganda turística. Cuando vuelva de Europa, no habrá quien lo aguante.

—¿Por qué su padre no se ocupa personalmente de él? —preguntó una voz.

—El padre se ocupa de hacer dinero. Supongo que no querrá que lo molesten. Dentro de unos pocos años advertirá su error. Es una lástima, porque, a pesar de todo, el muchacho no es malo, en el fondo, si alguien se tomara la molestia de descubrirlo.

—¡Con un látigo, con un látigo! —gruñó el alemán.

La puerta volvió a abrirse y entró un muchacho alto y esbelto, de cuya boca colgaba un cigarrillo a medio consumir. El color amarillo de su piel no se avenía del todo con su edad. Su mirada era una mezcla de irresolución, atrevi-

miento y picardía, sin demasiada capacidad intelectual. Iba vestido con una chaqueta roja y un pantalón corto del mismo color, zapatos para andar en bicicleta y una gorra de ciclista que dejaba al descubierto gran parte de su cabeza. Después de observar a la compañía, silbó entre dientes y, con una voz ruidosa de timbre muy alto, exclamó:

—¡Qué niebla más espesa! Continuamente se oyen los botes de los pescadores aullando a nuestro alrededor. ¿No sería genial que chocáramos con uno?

—Cierra la puerta, Harvey —dijo el neoyorquino—. Cierra la puerta y vete. No te queremos aquí.

—¿Quién me impedirá quedarme? —repuso el recién llegado con arrogancia—. ¿Pagó usted mi pasaje, señor Martin? Creo que tengo tanto derecho a quedarme como el que más.

Recogió un juego de dados y empezó a jugar con ellos, pasándoselos de la mano derecha a la izquierda.

—Señores, esto parece un entierro. ¿No podríamos organizar una partida de póquer?

Nadie le respondió. Echó una bocanada de humo y tamborileó sobre la mesa con dedos bastante sucios. Después sacó un fajo de billetes del bolsillo, como si se dispusiera a contarlos.

—¿Cómo se encuentra tu madre hoy? —preguntó uno de los presentes—. No la he visto durante el desayuno.

—Estará en su camarote. Casi siempre se marea. Le voy a dar quince dólares a la camarera para que la cuide. Sólo bajo al camarote cuando es estrictamente necesario. Bueno, ésta es la primera vez que cruzo el Atlántico.

—No hace falta que pidas disculpas por ello.

—¿Quién pide disculpas? Es la primera vez que me embarco y, excepto el primer día, no me he sentido mal.

Golpeó la mesa con el puño, dirigiendo a su alrededor una mirada triunfante, y se mojó el dedo para proseguir el recuento.

—Usted es un hombre de primera clase. Se ve enseguida —dijo el de Filadelfia con un bostezo—. Llegará a ser una de las personalidades de este país, si alguien no se lo impide.

—Ya lo sé. Soy norteamericano, en primero, en segundo, en último y en todos los lugares. Ya se lo demostraré cuando llegemos a Europa. Se me ha apagado el cigarrillo. No puedo fumar esos fideos venenosos que venden a bordo. ¿Tiene alguno de ustedes un cigarrillo turco legítimo?

En aquel momento, entró el jefe de máquinas, rojo, sonriente y húmedo.

—¡Eh, Mac! —gritó Harvey, entusiasmado—. ¿A qué velocidad vamos?

—Más o menos a la habitual —replicó gravemente el interpelado—. Los jóvenes son tan corteses como siempre al tratar con los que tienen más edad que ellos, y éstos se esmeran siempre en apreciar esa cortesía.

Desde un rincón se oyó una suave carcajada. El alemán abrió su pitillera y ofreció a Harvey un cigarro largo de tabaco muy oscuro.

—Esto es lo que debes fumar, amigo. ¿Quieres probar? —dijo el alemán.

Harvey encendió aquella cosa desagradable con una sonrisa, sintiendo que eso impresionaría a los adultos.

—Haría falta algo más fuerte que esto para tumbarme —comentó, ignorando lo que encendía.

—Eso lo veremos enseguida —dijo el alemán—. ¿Dónde nos encontramos ahora, señor MacDonald?

—Es difícil determinarlo, señor Shaefer —terció el ingeniero—. Estaremos en el gran banco esta noche, pero nos encontramos ya entre los barcos pesqueros. Desde el mediodía hemos atropellado tres botes y hundido un barco francés, lo que me parece bastante.

—¡Te gusta mi cigarro, eh! —exclamó el alemán, al ver los ojos de Harvey llenos de lágrimas.

—Tiene un intenso perfume —respondió el muchacho entre dientes—. Parece que hemos disminuido la velocidad. Voy a cubierta a fijarme en el mapa para saber la distancia.

—Yo haría lo mismo si estuviera en tu lugar —dijo el alemán.

Harvey se arrastró sobre el puente húmedo hasta la barandilla más próxima. Estaba mal. Vio al camarero de cubierta que recogía las hamacas, y puesto que se había jactado ante él de no marearse nunca, su amor propio lo indujo a dirigirse al puente de segunda clase, a la popa, que terminaba como el caparazón de una tortuga y que se encontraba desierto. Se arrastró hasta el extremo, donde se erguía el mástil de la bandera. Se retorció en una verdadera agonía, pues el cigarro se confabulaba con las vibraciones de la hélice para torturar su alma. Parecía que iba a estallarle la cabeza. Chispas de fuego bailaban delante de sus ojos, y sentía como si su cuerpo perdiera peso y sus talones flotaran en la brisa. El mareo le provocó un desmayo, y un movimiento del barco lo arrojó por encima de la barandilla, sobre la cubierta en forma de caparazón de tortuga. Entonces, una ola grande y gris que emergió de las sombras tomó a Harvey por un brazo y lo arrastró fuera del barco. El gran desierto verde se cerró sobre él mientras caía en un profundo sueño.

Lo despertó el sonido de un cuerno, que le recordó el que llamaba a la comida en una colonia de verano en Adirondacks, donde había pasado algún tiempo. Lentamente, empezó a recordar que era Harvey Cheyne y que se había ahogado en medio del océano, pero se encontraba demasiado débil como para relacionar una cosa con otra. Un olor nuevo llenó su nariz; sentía correr un frío húmedo por su espalda. Estaba completamente empapado. Cuando abrió los ojos, tuvo la impresión de encontrarse en la cima de las olas, que corrían debajo de él en colinas de plata. Estaba echado sobre un montón de pescado, mirando fijamente una ancha espalda, envuelta en una chaqueta impermeable de color azul.

«Todo ha acabado para mí —pensó el muchacho—. Estoy muerto, y éste es el encargado de llevarme».

Suspiró y la figura volvió la cabeza, mostrando un par de pequeños pendientes de oro, semiocultos por un crespo pelo negro.

—¡Ah! ¿Te encuentras mejor ahora? —dijo—. Sigue así, echado. Flotamos mejor de esa manera.

Con un movimiento rápido de los remos, llevó el bote a un mar sin espuma, donde se elevó hasta una altura de más de cinco metros, para caer en un profundo pozo vídrioso. Pero esas hazañas de alpinismo no interrumpieron la charla de la figura de la chaqueta azul.

—Menos mal que te he pescado, ¡eh! Aunque mucho mejor que tu barco no me pescara a mí. ¿Cómo te has caído?

—Estaba mareado —dijo Harvey— y no he podido evitarlo.

—He logrado hacer sonar mi cuerno justo a tiempo. Tu barco ha girado un poco. Entonces te he visto caer. Creí que

la hélice iba a hacerte pedazos, pero has flotado en dirección a mí. Te he pescado como a un gran pez. Por esta vez, has tenido suerte.

—¿Dónde estoy? —dijo Harvey, que no podía comprender que se hubiera salvado y se encontrara en una embarcación.

—Estás en mi bote. Me llamo Manuel. Soy del velero *We're Here* de Gloucester, donde vivo. Pronto nos darán de comer. ¡Eh! ¿Qué te parece?

Parecía tener dos pares de manos y una cabeza de hierro fundido, pues no contento con soplar por la caracola, gobernaba el bote de fondo plano con el timón mientras lanzaba un sonido terrible a través de la niebla. Harvey no pudo recordar cuánto tiempo duró esa experiencia, ya que seguía echado, aterrorizado por las olas. Le pareció oír un cañón, un cuerno y gritos. Algo más grande que el bote, pero que parecía tener la misma vivacidad de movimiento, se colocó al lado de ellos. Varias voces hablaron al mismo tiempo. Lo dejaron caer en un agujero oscuro y unos hombres vestidos con impermeables le dieron de beber algo caliente, lo desnudaron y lo acostaron. Enseguida se quedó dormido.

Cuando se despertó, esperó a que sonara la campana llamando al desayuno, extrañándose de que su camarote hubiera disminuido de tamaño. Al volver la cabeza, vio lo que parecía ser una cueva triangular y estrecha, alumbrada por una lámpara y una mesa de la misma forma, al alcance de su mano. En el otro extremo, detrás de una estufa, estaba sentado un muchacho de casi su misma edad, de cara ancha y rojiza, y un par de traviosos ojos grises. Iba vestido con un jersey azul y llevaba botas altas de goma. En el suelo se encontraban varios

pares de la misma clase de calzado, una gorra vieja y algunos calcetines de lana gastados. De unos clavos colgaban varios trajes de tela impermeable, negros y amarillos. El ambiente estaba tan cargado como un fardo de algodón. El olor que despedían los trajes de goma se mezclaba con el de la grasa quemada, la pintura, la pimienta y el humo del tabaco, y todos ellos quedaban encerrados en un olor a alquitrán y agua salada. Harvey observó con disgusto que su cama no tenía sábanas. Yacía sobre algo formado por pedazos sucios de tela para colchones. El movimiento de la embarcación no era el de un barco de pasajeros. No se deslizaba ni cabeceaba, sino que oscilaba hacia todos lados como un potrillo atado a un cabestro. Hasta sus oídos llegaba el ruido del agua; el maderamen crujía y aullaba a su alrededor. Todo eso hizo que suspirara con desesperación y se acordara de su madre.

—¿Te sientes mejor? —preguntó el muchacho, gesticulando—. ¿Quieres tomar un poco de café?

Le trajo una taza y le echó melaza para endulzarlo.

—¿No hay leche? —preguntó Harvey, lanzando una mirada alrededor de todas las camas, como si esperara que allí hubiera una vaca.

—No, no hay —respondió el muchacho—. Tampoco es probable que la probemos hasta mediados de septiembre. El café no es malo. Lo he hecho yo.

Harvey se lo tomó sin decir una palabra. Después el muchacho le entregó un plato de carne de cerdo, que devoró con avidez.

—He puesto tu ropa a secar. Creo que ha encogido un poco —dijo el chico—. No es como la que utilizamos por aquí. Levántate y comprueba si te has roto algo.

Harvey se levantó y no vio nada roto.

—Está bien. Vístete y ve a cubierta. Mi padre quiere verte. Me llaman Dan. Ayudo al cocinero y hago todo lo que los hombres consideran demasiado sucio para un adulto. No hay otro grumete a bordo desde que Otto, el alemán, se cayó por la borda. Sólo tenía veinte años. ¿Cómo pudiste caerte con aquella calma chicha?

—No había calma —dijo Harvey secamente—. Hubo una tormenta y yo estaba mareado. Supongo que me caí por la barandilla en la que me apoyaba.

—Sopló un poco de viento ayer y anoche —dijo el muchacho—. Pero si tú crees que eso era una tormenta... —silbó asombrado—. Ya te darás cuenta de lo que es antes de que termine este viaje. Ahora date prisa. Mi padre te está esperando.

Como muchos otros jóvenes viciados, Harvey no había recibido en su vida una orden escueta, por lo menos, sin una larga y a veces lacrimosa explicación de las ventajas de la obediencia y de las razones de lo que se le pedía. La señora Cheyne vivía en el temor de provocar complejos en su hijo, quizás el principal motivo de su depresión nerviosa. Harvey no podía comprender por qué debía apresurarse a satisfacer los deseos de otro hombre, y así lo manifestó abiertamente.

—Que baje él, si tiene tantas ganas de hablar conmigo. Necesito que me lleve a Nueva York inmediatamente. Se lo pagaré.

Dan abrió los ojos al oír lo extraño de aquella respuesta.

—¡Padre! —gritó por la escotilla—. Dice que baje usted, si tiene tantas ganas de hablar con él. ¿Me oye?

La respuesta vino en la voz más profunda que Harvey hubiera oído jamás:

—Dile que se deje de tonterías, Dan. Tráelo aquí.

Conteniendo la risa, Dan arrojó a Harvey sus zapatos, que habían perdido la forma. En el tono de aquella voz que venía de cubierta había algo que desarmaba la reconcentrada rabia de Harvey, que se consolaba a sí mismo pensando que hablaría poco de su fortuna y de la de su padre durante el largo viaje hasta Nueva York. Ciertamente, su salvación lo convertiría en un héroe entre sus compañeros.

Subió a cubierta por una escalera completamente vertical y se abrió camino hasta la popa, donde un hombre de estatura mediana, ancho de espaldas y cuidadosamente afeitado estaba sentado en uno de los peldaños de una escalera que conducía a babor. Ya no soplabla el viento. El mar parecía una balsa de aceite, distinguiéndose en el horizonte el velamen de una docena de embarcaciones de pesca. Entre ellas se veían pequeñas manchas negras; los botes de los pescadores. La embarcación, con una vela triangular en el palo mayor, oscilaba alrededor del ancla. Excepto un marinero en el castillo, que ellos llaman casa, no parecía haber nadie a bordo.

—Buenos días. Mejor dicho, buenas tardes. Has dormido todo lo que da el reloj, chico —lo saludó el padre de Dan.

—Buenos días —dijo Harvey. No le agradó que lo llamasen chico. Por haberse salvado de morir ahogado esperaba más simpatía. Su madre se ponía fuera de sí cuando lo veía con los pies mojados, pero ese marinero no parecía alterarse mucho por eso.

—Bueno, cuéntame lo que pasó. En primer lugar, debes dar gracias por tu fortuna. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres? Algunos, con mala intención, sospechan que de Nueva York. ¿Adónde te dirigías? Esa misma gente dice que a Europa.

Harvey le dijo su nombre, así como el del barco, y contó brevemente la historia del accidente, terminando por pedir que se le llevara inmediatamente a Nueva York, donde su padre pagaría cualquier cantidad que se le pidiera.

—¡Hum! —dijo el hombre, sin dejarse impresionar por el final del discurso de Harvey—. No puedo decir que tengamos una idea muy favorable de un hombre, ni siquiera de un muchacho, que se cae de un vapor durante una calma chicha. Y muchísimo menos cuando se disculpa diciendo que estaba mareado.

—No es ninguna disculpa —gritó Harvey—. ¿Cree usted que he venido a parar a este sucio velero porque me divierte?

—Como no estoy enterado de la clase de diversiones que te gustan, chico, no puedo decir eso. Pero, si yo estuviera en tu lugar, no hablaría mal del velero que la Providencia eligió para salvarte. En primer lugar, eres un desagradecido. En segundo lugar, me ofende. Soy Disko Troop, del *We're Here* de Gloucester, cosa que parece ignorar.

—No lo sé y no me importa —dijo Harvey—. Agradezco que me hayan salvado y todo lo demás, como es natural, pero quiero que usted entienda que cuanto más pronto me lleve a Nueva York, tanto mejor se le recompensará.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Troop, levantando una de sus espesas cejas, que protegía un ojo de mirada azul claro, pero desconfiada.

—Simplemente dólares, muchos dólares —dijo Harvey, encantado, creyendo que iba a imponerse definitivamente—. Pago al contado. —Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó la tripa, lo que era su manera de mostrarse magnánimo—. Usted ha tenido el mejor día de su vida al sacarme del agua. Soy el hijo único de Harvey Cheyne.

—Lo que debe de ser una bendición del cielo para ese señor —respondió Disko secamente.

—Si usted no sabe quién es Harvey Cheyne, ignora usted muchas cosas. Bueno, que cambien de rumbo y se den prisa.

Harvey creía que gran parte de la población de Estados Unidos discutía y envidiaba la fortuna de su padre.

—¡Calma! —dijo el hombre, entre enfadado y divertido—. Oye, desinfla ese estómago, pues puede explotar. No olvides que lo has llenado a mis espaldas.

Harvey oyó que Dan se reía mientras aparentaba estar muy ocupado con una vela, cerca de popa. Se puso rojo de indignación.

—También le pagaremos eso —dijo—. ¿Cuándo cree usted que llegaremos a Nueva York?

—Nunca desembarco en los puertos de Nueva York o Boston. Veremos Eastern Point alrededor de septiembre. En cuanto a tu padre, lamento no haber oído hablar de él. Es posible que me dé diez dólares, después de todo lo que me cuentas. Aunque es probable que tampoco lo haga.

—¡Diez dólares! Oiga usted. Yo... —Harvey metió la mano en el bolsillo, buscando el fajo de billetes. Todo lo que sacó fue un paquete de cigarrillos, casi deshechos por la humedad.

—Eso no es moneda de curso legal y además es malo para los pulmones. Tíralos por la borda, chico.

—¡Me han robado! —gritó Harvey, enojado.

—Entonces, ¿tendrás que esperar hasta que encuentres a tu padre para pagarme?

—¡Ciento treinta y cuatro dólares... robados! —dijo Harvey, revisando afanosamente sus bolsillos—. Que me los devuelvan.

Un curioso cambio se operó en la cara de inmóviles rasgos del viejo Troop.

—¿Cómo podías tener ciento treinta y cuatro dólares en los bolsillos a tu edad?

—Era parte del dinero para mis gastos del mes —dijo Harvey, creyendo que sería un definitivo golpe de efecto, lo que ocurrió... indirectamente.

—¿Ciento treinta y cuatro dólares son parte del dinero para tus gastos mensuales? ¿No recuerdas haberte golpeado la cabeza contra algo duro? ¿Por ejemplo, contra uno de los soportes de la barandilla? El viejo Hasken, del *East Wind* —Troop parecía estar hablando solo—, al salir por una de las escotillas, se fue de cabeza contra el palo mayor. Tres semanas más tarde, juraba y perjuraba que el *East Wind* era un barco de guerra y quería bombardear la isla Sable, pues, según él, no era una isla, sino un barco enemigo. Lo cosieron en un saco, dejándole asomar sólo la cabeza. Así pasó el resto del viaje. Ahora está en Essex, jugando con muñecas de trapo.

Harvey hizo rechinar los dientes de rabia mientras Troop seguía su perorata, como si tratara de consolarlo:

—Lo sentimos mucho por ti. Tan joven como eres. Creo que es mejor que no hablemos del dinero.

—Claro está que eso es mejor para usted. Usted lo ha robado

—Nosotros te lo hemos robado, si eso te sirve de consuelo. Ahora, hablemos del viaje de regreso. Suponiendo que pudiéramos hacerlo, que no podemos, tú no podrías enseñarnos el camino, y, en cuanto a nosotros, acabamos de llegar al banco para ganarnos el pan. Nosotros no vemos ni la mitad de cien dólares al mes, y muchísimo menos para

gastos particulares. Si tenemos suerte, estaremos otra vez en casa alrededor de la primera semana de septiembre.

—Pero, pero... ahora estamos en mayo. Yo no puedo estar aquí sin hacer nada sólo porque usted necesita pescar. Le digo que eso es imposible.

—Muy justo. Nadie pretende que pases ese tiempo sin hacer nada. Hay muchas cosas que puedes hacer, puesto que Otto se cayó por la borda en Le Havre. Sospecho que no pudo agarrarse bien durante una tormenta que nos sorprendió allí. De todas maneras, no ha vuelto para desmentirme. Aquí has caído tú, como llovido del cielo, lo que es providencial. Sin embargo, me parece que sabes hacer pocas cosas. ¿No es así?

—Puedo hacer que usted y su tripulación lamenten esto en cuanto llegemos a puerto —dijo Harvey, murmurando vagas referencias a los castigos que les esperaban a los que se dedicaban a la piratería. Al oírlo, Troop casi sonrió.

—Excepto hablar. Eso sí que sabes hacerlo. A bordo del *We're Here* nadie te pide que hables más de lo que tú mismo tengas ganas. Abre los ojos y ayuda a Dan a hacer lo que se le mande y te daré, aunque sé que no lo vales, diez dólares y medio por mes, pagaderos al final del viaje. En total, serán treinta y cinco dólares. Un poco de trabajo te despejará la cabeza. Mientras tanto, puedes contarnos todo acerca de tu padre, tu madre y tu dinero.

—Mi madre está a bordo del vapor —dijo Harvey, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—. Lléveme enseguida a Nueva York.

—¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer! Sin embargo, cuando estés de nuevo con ella, olvidará todo esto. Somos ocho hombres a bordo del *We're Here* y, si volviéramos ahora, son más de mil quinientos kilómetros. Perderíamos la temporada de

pesca. La tripulación no lo consentiría, aunque yo estuviera dispuesto a hacerlo.

—Pero mi padre compensará esas pérdidas.

—Lo intentará, no dudo que lo hará —respondió Troop—, pero la pesca de toda la temporada es el pan de ocho hombres. Estarás mejor de salud si lo ves al cabo de ese tiempo. Ve a proa y ayuda a Dan. Como te he dicho, recibirás diez dólares y medio, naturalmente, como el resto de la tripulación, al final del viaje.

—¿Quiere usted decir que tendré que limpiar cazos y platos y todas esas cosas? —preguntó Harvey.

—Eso y muchas otras cosas más. No tienes derecho a quejarte, chico.

—¡No lo haré! —gritó Harvey, golpeando furiosamente la cubierta con el pie—. Mi padre le dará a usted diez veces lo que vale este sucio cajón de pescado si me lleva, sano y salvo, a Nueva York. Además, usted ya tiene ciento treinta y cuatro dólares míos a cuenta.

—¿Cómo es eso? —preguntó Troop, cuyos duros rasgos se ensombrecieron.

—¿Cómo es eso? Usted lo sabe muy bien. Además, usted pretende que yo haga trabajos serviles. —Harvey estaba muy orgulloso de emplear el adjetivo tan adecuadamente—. ¡Y hasta el fin del viaje! Le digo que yo no haré eso. ¿Me entiende?

Troop se quedó absorto mirando el extremo del palo mayor, mientras Harvey, dando vueltas alrededor de él, pronunciaba su arenga.

—¡Silencio! —dijo finalmente—. Trato de ver mi responsabilidad en este asunto. Es una cuestión de sentido común.

Dan se acercó y asió a Harvey por el codo.

—No sigas enfadando a mi padre de ese modo —le rogó—.

Lo has llamado dos o tres veces ladrón y él no aguanta eso de nadie.

—¡Déjame en paz! —exclamó Harvey casi a gritos, sin preocuparse de los consejos de Dan, mientras Troop todavía meditaba.

—¡No hemos llegado a un acuerdo! —dijo finalmente, bajando la vista hasta donde se encontraba Harvey—. No te lo reprocho lo más mínimo, chico, así como tampoco tú me lo reprocharás a mí cuando se te haya pasado ese ataque de bilis. ¿Entiendes bien lo que te digo? Diez dólares y medio por mes como segundo grumete a bordo del velero, pagaderos al fin de la temporada. ¿Sí o no?

—¡No! —gritó Harvey—. Lléveme de vuelta a Nueva York o yo le demostraré...

Nunca recordó exactamente lo que ocurrió después. En ese momento, estaba tirado al lado de la borda, agarrándose la nariz, que le sangraba, mientras Troop lo contemplaba serenamente.

—Dan —dijo a su hijo—, la primera vez que vi a este chico no me gustó nada. Pero lo juzgué mal. Nunca te dejes llevar por un juicio apresurado. Me pesa haberle pegado, pues ahora veo que no está bien de la cabeza. No es responsable de los calificativos que me ha aplicado, así como del resto de sus afirmaciones, ni tampoco de arrojarse por la borda, ya que ahora estoy convencido de que se tiró. Sé bueno con él, Dan, o te daré el doble de lo que le he dado a él. ¡Deja que se despeje! La sangre de la nariz aclara la cabeza.

Troop se dirigió solemnemente al castillo, donde descansaban él y sus hombres, dejando a Dan que consolara a aquel desdichado heredero de treinta millones de dólares.